

Fritz Thyssen, el error de haber creído en Hitler

«Yo pagué a Hitler» es un valioso relato sobre cómo los industriales financiaron el ascenso del líder nazi

Yo pagué a Hitler
Fritz Thyssen



Renacimiento, 2017
312 páginas
18,90 euros
★★★★

JAIMÉ G. MORA

La primera confesión de un nazi arrepentido se debe a la pericia de un negro literario: Emery Reves, que además de escribir libros para otros y de ser el agente literario de Churchill fundó en los 30 una editorial para combatir el nazismo. En su afán por denunciarlo, contactó con Fritz Thyssen (1873-1951), un metalúrgico alemán que con su fortuna y su influencia ayudó al ascenso de Hitler... y que acabó en un campo de concentración.

Antes de la detención de Thyssen, cuando estaba en el exilio, Reves convenció al aristócrata de que contara su experiencia. Con los datos que le aportó y una buena dosis de imaginación, el escritor



FRITZ THYSSEN

dio forma a *Yo pagué a Hitler*, publicado en 1941 sin el visto bueno de quien figuraba como autor, ya preso, y que desmentiría algunas de las revelaciones cuando fue juzgado, después de la caída de Hitler.

Con las reservas necesarias en un libro así, *Yo pagué a Hitler* es un valioso relato de cómo el líder nazi se valió de la ayuda de los industriales para financiar su ascenso. «En un Estado en crisis, como lo era Alemania de 1918 y 1933, un industrial se ve arrastrado, quiera que no, al torbellino de la política», reconoce Thyssen. Hijo del fundador de la United Steelworks, que llegó a controlar el 75% de las reservas de hierro de Alemania y a emplear a 200.000 personas, Thyssen se consideraba ante todo un amante apasionado de Alemania. La sensación de que el país se hundía en la anarquía, la crisis económica y su apuesta por unir a la

derecha fue lo que acercó al tío del barón Heinrich Thyssen al Nacionalsocialismo.

«10.000 marcos oro. Fue mi primera contribución al partido», escribe Thyssen. «Pero estos fondos no se los entregué ni a Hitler [...], sino a Ludendorff», un general leal al jefe nacional-socialista. Durante los diez años que duró el apoyo de Thyssen a Hitler, el empresario entregó al partido un millón de marcos. Y no solo eso: financió la sede de los nacional-socialistas y hizo de enlace entre el dictador y los grandes industriales, que reunieron seis millones de marcos para la causa. Hitler le devolvió el favor nombrándole diputado en el Reichstag y también consejero de Estado vitalicio.

Encarcelado

Con Thyssen en el Congreso empezó el deshielo: «El incendio del Reichstag fue el primer paso de una colosal estafa política». El industrial se fue alejando del líder nazi poco a poco, disconforme con la represión a la Iglesia Católica y la nefasta política económica. La cuestión judía solo le hizo protestar en 1938, tras la Noche de los Cristales Rotos. Hasta el 33 «no había concedido mucha importancia al alboroto antisemita». De hecho, él

despidió a todos los empleados judíos. La ruptura definitiva llegó poco después, con la invasión de Polonia. Desde Zúrich escribió una carta en la que se

oponía a la guerra. Thyssen fue repudiado y despojado de todos sus bienes, incluso de la ciudadanía alemana. Tras un tiempo en el exilio, fue detenido cuando hacía una visita a su madre en Bélgica. Los últimos años del nazismo los pasó entre los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau, donde sus viejos amigos lo libraron de sufrir las peores condiciones, y finalmente en una cárcel del Tirol. En 1945 fue liberado por las fuerzas aliadas.

En el juicio por su colaboración con el nazismo fue condenado a pagar medio millón de marcos como compensación a las víctimas, pero se libró de los cargos más graves. Murió cinco años después de su liberación, en Argentina, donde su libro ya se podía leer en español. «Mi único error ha sido creer en usted -decía-, nuestro jefe, Hitler, y en el movimiento por usted iniciado».

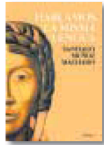


«Primer desembarco de Colón en América», de Puebla y Tolín

Contra la leyenda negra del castellano

Este brillante ensayo demuestra que el castellano nunca fue instrumento de conquista y conquistadores

Hablamos la misma lengua
Santiago Muñoz Machado



Crítica, 2017
832 páginas
32,90 euros
E-book: 14,90
★★★★

MANUEL LUCENA GIRALDO

Según la versión canónica y falsaria auspiciada por la leyenda negra, la imposición del idioma español durante la conquista de América se habría realizado a golpe de espada y catecismo. Entre otras historias edificantes y curiosas, como hubiera dicho un misionero del siglo XVII, este volumen muestra que fue al revés. Nuestro idioma no fue un instrumento de conquista, sino de preservación de las culturas indígenas, por la vía de la transmisión y traducción de su riqueza a códigos, libros, relaciones y diccionarios, que además hicieron de puente hacia otros acervos lingüísticos. La fabricación de algunas lenguas indígenas «generales», que ahora nos parece

han existido siempre, fue iniciativa de misioneros inflamados de celo evangélico. Desconfiaban del poder político, en la medida en que, pensaban, ciertos oficiales reales mal informados podían entrometerse en las misiones y llenarlas de viciosos soldados y aventureros. Para cumplir el mandato de comunicar la buena nueva de la salvación cristiana y preservar su autonomía, era preciso el mantenimiento de las lenguas de indios, en detrimento de la divulgación del español, que favorecía según ellos el mestizaje. Solo las elites indígenas, llamadas a colaborar en el gobierno, podían y debían conocerlo. Esta llamativa posibilidad de imperio multilingüe existió porque durante parte de la Edad

moderna identidades lingüísticas y políticas no coincidieron. En aquella etapa de monarquías compuestas en Europa y Ultramar, a nadie se le exigía el uso de un idioma para ser súbdito de una república o monarquía. Lo que se pedía, con bastante lógica, era que los súbditos se comunicaran lo suficiente para hacer comercio, amor o guerra. Un libro fascinante que publicó la catedrática de Harvard Tamar Herzog en 2006, *Vecinos y extranjeros. Hacerse español en la edad moderna*, mostró que

Enciclopédico

A partir del reinado de Carlos III, señala el autor, y en especial desde el siglo XIX, los procesos de nacionalización implicaron en cambio la destreza probada en el idioma de la nación. Era otro mundo, el nuestro. Como recuerda con gran acierto, la imposición de la lengua española en Iberoamérica la hicieron y continúan haciendo las repúblicas independientes. Su

libro es enciclopédico y riguroso en las fuentes, fino en el análisis y prudente en la prospectiva.

Los ocho capítulos rememoran el viaje mediante el cual, como el castellano se hizo más moderno que el español global y gracias a Muñoz Machado contamos con un magnífico repaso de las diásporas, emigraciones y peregrinajes que lo han construido. Ojalá la honestidad y entusiasmo de su estudio sirva para que no perdamos un patrimonio en riesgo de perderse.

**LOS OCHOS
CAPÍTULOS
REMEMORAN
CÓMO EL ESPAÑOL
SE HIZO MÁS
MODERNO QUE EL
CASTELLANO**